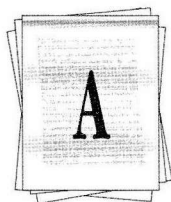


**DÍA DE LA MONTAÑA
DÍA DE CANTABRIA**



Eulalio Ferrer Rodríguez

1990



Antes que nada, amada reina, pídotte licencia para una incursión personal que acaso explique, al menos íntimamente, mi acceso a esta tribuna de honor y la encomienda que debo cumplir.

Cuando, dicho sea con el respeto más cordial, el Cabezón Mayor de este honorable Ayuntamiento me designó pregonero del Día de Cantabria, hube de preguntarme, siendo él un hombre de larga y reconocida carrera electoral, recamado de sutilezas, si, a falta de otros méritos, pudo inducirle al nombramiento con el que me distinguía, el antecedente de una profesión que he tenido que ejercer durante tantos años, más por compromiso providencial del destino, que por libre arraigo de la vocación. Bien sabido es que una de las primeras formas del oficio de la propaganda, sobre todo cuando ésta era comunicación verbal, fue la del pregonero. Pregonar era anunciar algo a gritos. Tanto, que hubo un pregonero famoso que derivó de su nombre el adjetivo de estentóreo. No faltó incluso, en la antigua Grecia, quien fuese partidario de que el perímetro municipal quedase delimitado por el alcance máximo de la voz humana.

Pregonar es, desde entonces, la necesidad de divulgar o transmitir algo públicamente, encarecer virtudes o valores que convienen a unos y a otros.

Si tal fuera mi caso, me alivia y ennoblece ser hoy pregonero, en otra de sus acepciones, quizá la más generosa y resplandeciente: la de alabanza en público de una fiesta; de una fiesta que tiene reina; de una reina a la que hay que cantar, reverenciándola... Es lo que me propongo hacer en un grato viaje de la palabra hablada, en compañía de todos vosotros.

Por ser un viaje esencialmente del espíritu quise escribir este pregón en un lugar que, lejos de turbarle, propiciara el estímulo y lo recreara con el goce pleno de los sentidos. Busque así, ese rincón entrañable de mi ciudad natal en el que se acunan y reverberan los

caudales de la nostalgia; ese promontorio galdosiano desde donde contemplo —la geografía hecha alma— uno de los paisajes más privilegiados y fascinantes del mundo: la bahía del puerto de Santander. Una bahía que no puede concebirse sin las palomas mensajeras de sus nubes que parecen anunciar la «u» apretada de la fonética montañesa. Uno y otro día, de un crepúsculo a otro, entre el azul algodonado y el gris lluvioso, bandadas de nubes, como espuma de ola o aspas de molinos de viento, cruzan el cielo de la bahía santanderina en un aquelarre de asombros. Espectáculo insólito el de este cielo, convertido en recital de metáforas visuales: morada de la mirada. Asomado a él, desearía saber santiguarme con sus nubes y velear con ellas de un mar a otro.

Aquí tienes, reina de la Montaña, la primera ofrenda de mi pregón: un banderín, descolgado de Peña Cabarga, con las nubes recién amanecidas en el cielo de la bahía de Santander. Lleva, en sus pliegues invisibles, los seis colores cántabros que Manuel Llano inventarió amorosamente: el rojo, el verde, el azul, el amarillo, el negro y el blanco.

Es un banderín que sale al encuentro simbólico de tus quince rosas guadalupanas para que perfumen la tierra y el cielo de Nuestra Señora La Virgen del Campo, como si el Ebro fuese en busca del Grijalba.

La llama histórica que encendió y unió el alma de ambos países, ilumina hoy de nuevo, de amor para siempre, las seis letras de España y las seis letras de México.

Un día, en la crónica de tu familia también está escrito, la desgracia hundió a España en uno de sus trances más crueles. Pero el generoso hospedaje de México nos devolvió dos de los bienes mayores: libertad y patria. A partir de entonces nuestras raíces cántabras se entañaron más en una tierra pródiga en ellas.

Esa historia común registra que dos solares de Ramales —Revilla y Egedo— se unieron para dar el título de conde de Revillagigedo a dos ilustres montañeses que fueron virreyes de la Nueva España, honrando a la Antigua España y a este suelo de Cantabria, cuya toponimia quedó sembrada de nombres familiares en la geografía mexicana, a partir de la primera población llamada Santa María Llera, con su misión Peña Castillo. Lo que hoy es Tamaulipas era Nuevo Santander. Muchos nombres han quedado con titularidad definitiva: Laredo, Camargo, Reinoso, Soto de la Marina, Selaya, Cueto, Aguayo...

De Cantabria fueron don José de Escandón, que pobló y llenó de misiones la Tamaulipas de hoy, el Nuevo Santander de ayer: don José de la Puente y Peña, marqués de Villa Puente, siempre recordado con gratitud; fray Francisco Vélez Escalante, que llevó el pregón de Cristo más allá del río Colorado; don Antonio de Obregón y Alcocer, conde de la Valenciana, que dio nombre en Guanajuato a la mina de oro y plata más rica del mundo y aún deslumbrante iglesia barroca... Allí, precisamente en el Guanajuato erigido en Atenas Cervantina de América, está la sede de nuestra ofrenda de gratitud a México: el Museo iconográfico del Quijote.



El barrio de la Pesa.

En el mundo de América han quedado nombres que surgieron de estas tierras para dar relieve a su recuerdo. Los Quirós, los González de Linares, los Cueto, los González Cossío... Artesanos que labraron los estucos de los grandes palacios; canteros y escultores que recrearon piedras y mármoles, grabadores que trasladaron los hostiales de las casonas; artistas que refinaron y enriquecieron capillas e iglesias, fundidores de campanas para templos modestos y catedrales opulentas, obreros y comerciantes que aprendieron que una mano abierta es signo de caballeros y ofrenda de amistad... Caminantes del mundo que dejaron, en sus obras y en sus formas de ser, las cédulas de su origen cántabro.

Nuestra amada reina:

Aquí, en el recinto capital del Día de Cantabria, entrecruce de grandes caminos históricos; centro del arte neolítico, según pregonó el padre Carballo; sitio donde Estrabó encontró la sal de una tierra indómita; te rinde honores un pueblo que inició la Ruta de los foramontanos; que en el medio círculo de su «c» común une inseparablemente las siete letras de Cabezón con las nueve letras de Cantabria.

A ti, que eres reina, te saluda el recuerdo de tres reinas de la inteligencia —nunca cupo en un pedazo tan pequeño de tierra tanta sabiduría femenina— que este pueblo dio. María Blanchard: «Qué señorío el de los zagales de las Brañas, lo mismo cuando hablan que cuando cantan». Matilde de la Torre: «Te llevo conmigo, en las resonancias del alma, Cabezón, emblema de Cantabria, flor de España». Concha Espina: «Y aquí estoy, otra vez, en mis playas, en sus praderas, en tus brazos, Montaña de Santander... Cantabria mía».

Ésta es tu fiesta, reina de Cantabria:

Para ti cantan y danzan junto a la Hoz de Santa Lucía, en Malacoria y en los contrafuertes de Ibio; suenan para ti la pandereta, el pito y el tamboril en Bustablado y en La Brañona; un solo de rebelde te acompaña en Herrera y en Mozagro... De majada en majada, de valle a valle, se escucha la trompa rústica, el tañido del bígaro, ahora en la paz de sus soledades. Y Manuel Llano parece que escribió para ti el verso de su prosa inolvidable:

*Ante tus ojos tienes a la Montaña de los Almirces,
de los respuntes galanos, de los hilos patriarcales
de los panderos, de los maravillosos cuentos mito-
lógicos, de los refranes de los emigrantes que se
iban en los bergantines, en las diligencias, en los
caballos de los arrieros.*

Reina eres del Día de Cantabria:

Por serlo, está abierto el lienzo alegre de la romería; está a tus pies la majestad de la tierra verde, azotada por los siglos, hecha piedra abrupta en las alturas, cercano el olor de la mar embravecida y la remansada transparente de los ríos... Todo estaba aquí antes de que el tiempo se acuñara en años y los años fuesen días... Eterna Cantabria, como el agua y el aire, desde Tres Mares hasta Peña Vieja, desde el valle de roca de Liébana hasta la nieve cuajada de sus Picos de Europa...

¡Cantabria nuestra! Hija del fuego de una raza solar que tiene mar propio y cordillera suya, que hace tres siglos conquistó su nombre de la Montaña para así comunicarse mejor con el cielo...

En el Día de Cantabria, reina nuestra:

Te traigo el pregón rotundo de las raíces de esta tierra que no supo soportar yugos y desafió a visigodos y romanos... Te traigo el pregón amoroso que vive en la luz del aire y se expresa en la melancolía suprema del crepúsculo montañés.

Reina de Cantabria:

Una serpiente celeste abarca las alturas de los Tornos, El Escudo, La Sía, las Estacas de Trueba, Piedras Luengas, San Glorio, vigilando los nueve puertos naturales de Cantabria: Castro, Laredo, Colindres, Santoña, Suances, Requejada, Comillas, San Vicente, Santander... Con los nervios orográficos de sus ríos principales: Ebro, Asón, Nansa, Saja, Deva... Monumento imponente de la naturaleza, diálogo humano de la hidalguía.

¡Eso eres, Cantabria nuestra! ¡No una región verde, sino la región de lo verde!

Reina de Cantabria:

Te saludo con el pregón fonético de la «u» de la gente de arriba, *maju* y *mozu*; con la diéresis de los de abajo: *güeno* y *güeso*; la «f» hecha «j» de los de arriba y de los de abajo: *juerte* y *juente*. En todos los acentos y formas del lenguaje, oye el pregón de nuestra Cantabria, que es roca de sus costas, peñón de sus montañas, madera de sus costas, madera de sus bosques, verdor de sus paisajes, arena de sus playas... ¡Sinfonía visual y auditiva de un lenguaje bravío y pleno de amor!

Señorita Rosario del Valle Toca:

Reina quinceañera de la vida... Reina soberana del tiempo... Reina venturosa de la memoria... Tuyo es hoy el dominio de Cantabria.

León Felipe sintió aquí, en esta tu tierra, que también era adoptivamente suya, la cuarteta que quisiera ser el cierre de mi pregón:

*El caballero de Honor —Don Quijote—
te ha puesto en la grupa de Rocinante*

*y te lleva consigo,
te ha hecho sitio en su montura.*

¡Que viva la Reina!

¡Que viva Cantabria!

Eulalio Ferrer Rodríguez